

LA CARA OCULTA DE LA TRADUCCIÓN Y OTRAS INDETERMINACIONES

Dice el necio en su corazón: *Transductio non est*. No existe la traducción, dicen, porque se trata de una actividad cuyas bases se asientan en un simple empirismo; porque no ha sido capaz de generar leyes o principios universales, aplicables a la enorme diversidad de lenguas y culturas; porque no se presta fácilmente a la investigación de corte cuantitativo; porque la traducción, como proceso, no se deja observar; porque sus bases han de quedar por siempre envueltas en un halo de misterio. Por éstas, y otras muchas razones, no existe la traducción. O al menos no existe ni puede existir como una “verdadera” ciencia. Sí existe. Ha existido desde hace siglos (es casi tan vieja, según me cuentan, como la prostitución y el robo). De hecho, en un sentido amplio, traducimos a cada instante de nuestra vida. En un sentido estricto, cuando nos referimos a la traducción como un traslado entre lenguas, basta ver los productos de esta vieja labor, para callar la voz del necio.

Entre otras cosas, he escuchado la crítica acerca de lo que yo llamaría la cara oculta de la traducción, o sea, lo que sucede en la mente del traductor en el momento mismo en que realiza el traslado. Es posible aproximarse a la traducción de un texto desde cualquier lado del par, es decir, *antes* o *después* del proceso de traducción; sin embargo, no nos es dado saber, demostrar y, mucho menos, establecer “leyes” o “principios” universales acer-

ca de lo que sucede *durante* el acto mismo de traducir. Todo proceso de traducción, al menos como podemos humanamente analizarlo, suele verse desde un punto A (texto por traducir) o desde un punto B (texto traducido). Obviamente, sería un error prescindir de uno u otro elemento de la relación bitextual, es decir, poner la mirada únicamente en A o únicamente en B. Traducción implica dualidad.

¿Qué podemos hacer frente a un texto por traducir? Muchas cosas: someterlo a repetidas lecturas, analizarlo, interpretarlo, fragmentarlo en sus "componentes mínimos", volver a escribirlo a manera de síntesis, aprenderlo de memoria, y, sobre todo, tenerle confianza, es decir, creer que tiene algo que decirnos. Sin embargo, en el momento en que decidimos trasladarlo a una lengua distinta, cuando realizamos modificaciones (inevitables en la inmensa mayoría de los casos de los que vale la pena ocuparse), cuando manipulamos factores constitutivos "poco importantes", como la sustitución o eliminación de puntos y comas; cuando hacemos algo de esto, aunque sea en uno solo de los componentes del texto, ya estamos del otro lado, es decir, hemos salido de A para entrar en B, en los dominios de una nueva entidad, totalmente distinta a la original. Este último punto es materia de crítica y objeciones. Hay quienes creen en la posibilidad de observación de todo lo que sucede al momento de someter un texto a la serie de cambios que implica un proceso de traducción. Se trataría, desde esa perspectiva, de una especie de bitácora detallada de cada uno de los pasos que nos llevan de A a B. Craso error. Una vez que se toca el texto A, incluso para realizar un simple borrador, ya estamos en presencia de B.

Nunca se vuelve al punto de partida. En traducción, me parece, no es posible estar en una zona intermedia. El traslado de A a B es una especie de instante ontológico, en el que ocurre mucho más que un cambio de lenguaje; se realiza un cambio sustancial. Todo análisis del "proceso de traducción" se efectúa *a posteriori*. El análisis de los distintos pasos que nos llevan a la obtención de un cierto texto B no constituye "la zona media" de la traduc-

ción. No existe nada que establezca relaciones de causalidad entre una fase y otra. Nada está determinado. Una de las grandes propiedades del lenguaje es su carácter combinatorio.

No hay explicación causal que determine por qué se llega a tal o cual versión de un texto B. Podría objetarse que, si bien se abandona el espacio de A, se entra en una sucesión de fases B, las cuales constituirían el punto intermedio entre A y B, una suerte de "durante", una fase intermedia del proceso de traducción, algo así como: B1, B2, B3, etcétera. No hay "durante" porque la traducción siempre es *a work in progress*. No podemos ver el "punto" de transición entre A y B. Ese movimiento ocurre en algún iluminado (¿oscuro?) lugar de la mente de quien traduce. El análisis de B (en cualquiera de sus supuestas formas intermedias) es siempre un ejercicio sobre algo que ya ha sido ejecutado, no en proceso de ejecución. Toda traducción es, pues, un proceso continuo. B no constituye un punto de arribo definitivo. No podemos hablar de fases intermedias (¿entre qué mediarían?). El proceso de traducción se caracteriza por un elevado grado de indeterminación. En rigor, toda B sería un estadio más en una larga, infinita, serie de elementos B.

Creemos en lo definitivo de una traducción porque atribuimos al texto, a la palabra impresa al menos, un estatus de autoridad que cancela la premisa latina *verba volant*. La palabra escrita se convierte, a los ojos de muchos, en una estructura lapidaria, inamovible y eterna. Todo traductor sabe que hay que cortar la secuencia de B en algún punto de la sucesión.

B representa una entidad con propiedades semejantes a las de Proteo. Con la primera coma que modifica al texto A, se da comienzo a una cadena. Tratar de elaborar análisis de los "procesos intermedios", para de ellos derivar principios y leyes generales, es el equivalente a la búsqueda del Santo Grial. Para observar lo que pasa mientras se traduce, sería necesario adentrarnos en los recovecos neuronales, en los resquicios de las redes del cerebro, en la química misma que da lugar a nuestras

reacciones. No hay manera. Y si la hubiese, ¿qué descubriríamos? ¿Principios universales?

Desde una perspectiva basada en la causalidad, podríamos preguntarnos acerca de los factores, condiciones y causas que llevaron a un determinado traductor a traducir un texto A, de tal o cual forma. ¿Qué nos diría de un Burton Raffel que traduce *Don Quijote* al inglés? Nos diría, si es que puede decirnos algo, que se han “determinado” (exclusivamente) las causas que llevaron a un traductor concreto a producir una cierta versión de *Don Quijote*. Fuera de ahí, nada. Se trataría, en el mejor de los casos, de un exacerbado optimismo; en el peor, de mala ciencia, de ingenuidad epistemológica, de un intento por dar a todo conocimiento “carta de legitimidad científica”.

Para muchos, basta con aplicar

adecuadamente los

principios de

la ciencia

dura a no

importa

qué rama

del conoci-

miento humano (a

la traducción, por

ejemplo), para que

ésta alcance, hoy o

algún día, el estatus cien-

tífico. Esto último es un

asunto que ya lleva

un buen rato ha-

ciendo daño,

entre otras

cosas, a la

ciencia mis-

ma. En *Las raíces del Romanticis-*

mo, Isaiah Berlin nos

habla de la confianza

que *la tradición occi-*

dental ha tenido en

tres principios: “El

primero, que toda pregunta de

primero, que toda pregunta de

carácter genuino puede responderse, y que si no se puede, no es en realidad una pregunta. Es posible que no sepamos la respuesta, pero alguien la sabrá” (Berlin, 2000: 43).

En el caso de la traducción, bastaría con preguntar: ¿cuál es la fase intermedia del proceso de traducción, que permite que el texto A pueda convertirse en texto B? Parece que se trata de una pregunta bien planteada, por lo que cabría esperar una respuesta. También podríamos plantearnos otras preguntas: ¿cuáles son los principios “científicos” que podemos derivar de nuestro análisis?, ¿qué instrumentos de medición nos permitieron llegar a los principios?, ¿qué podemos predecir en lo que respecta a procesos de traducción similares? Preguntas que, por supuesto, habrán de fructificar en otras tantas respuestas.

Sabemos que todo discurso, y el científico es uno de ellos, siempre ocurre desde la perspectiva de la tradición. Todo lo que se puede decir, o preguntar, está determinado, entre otros factores, por las reglas del gremio, por el modelo científico vigente, por el aparato político en el poder, etcétera. Siempre llegamos tarde. Nuestras preguntas y nuestras palabras quedan atrapadas en las redes de lo decible y de lo pensable. En *el orden del discurso*, Foucault nos dice:

Una proposición debe cumplir complejas y graves exigencias para poder pertenecer al conjunto de una disciplina; antes de poder ser llamada verdadera o falsa, debe estar, como diría Canguilhem, en la “verdad”. (Foucault, 1973: 30)

Así, no toda pregunta es legítima. Sólo es posible preguntar desde la disciplina misma, desde sus reglas. Mantenerse al margen es posible. Muchos de los grandes descubrimientos surgen desde la periferia, fuera del discurso oficial; sus hallazgos pueden ser verdaderos, pero no *en* la verdad. Estar *en* la verdad no es otra cosa que hacer ciencia desde las perspectivas propias de la disciplina.

En el intenso debate acerca de la separación entre ciencia y metafísica, se ha acudido a múltiples criterios de determinación y de separación de saberes: desde el estudio de los enunciados con ca-

(SMO)

rácter legítimamente científico, para distinguirlos de lo que únicamente tiene sentido en horizontes muy distintos al de la ciencia (Carnap), hasta la delimitación de lo que puede preguntarse desde la perspectiva de la comprobación, o bien desde la posibilidad de falsar lo postulado (Popper). Atendiendo a esto último, podríamos aproximarnos al debate acerca de la “fase intermedia” en traducción, preguntándonos si existe la cabal posibilidad de someter lo hallado al suplicio de la falsabilidad, es decir, determinar si existen posibilidades empíricas para efectuar experimentos que no busquen tanto demostrar “la verdad” de los principios, sino socavar sus raíces. Cuestiones, como la metafísica o lo que sucede en la cabeza de un traductor, no nos dejan abierto el camino de la falsabilidad. Con respecto al segundo principio, Berlin nos dice lo siguiente:

Todas estas respuestas son cognoscibles y pueden descubrirse por medios que se pueden aprender y enseñar a otros; que hay técnicas por las que se pueden aprender y enseñar los modos de descubrir en qué consiste el mundo, el lugar que ocupamos en él, cuál es nuestra relación con los otros hombres, con las cosas, cuáles son los verdaderos valores, y la respuesta a toda otra pregunta sería, es decir, a toda pregunta que tenga solución. (Berlin, 2000: 44)

Lo anterior no hace sino corroborar la pertinencia de la pregunta. Veamos ahora la tercera proposición: “Todas las respuestas han de ser compatibles entre sí ya que, si no lo son, se generará el caos”. (Berlin, 2000: 44) Y todos sabemos la lata que causa el caos, especialmente, cuando tratamos de establecer principios de aplicación universal que nos lleven a determinar, por ejemplo, los fundamentos de un punto intermedio en traducción.

Así pues, la traducción y sus procesos tendrán que ser compatibles con los avances en campos como la neurología, y con los descubrimientos y aportaciones de todas las ciencias del lenguaje. Se trata

de un asunto de orden, de armonía.

No hay armonía. Existe una tendencia, humana a eliminar incertidumbres. Tratamos de ajustar el mundo a nuestros esquemas mentales. Lejos de sacudir los cimientos de la disciplina, ésta trata por todos los medios de mantenerse viva y de seguir dando cuenta de la parcela de la realidad con la que trata. Marxistas o feministas encontrarán que sus modelos explican a la perfección fenómenos tan disímiles como la literatura, el deporte o la cocina. Creemos en la contundencia de las matemáticas. La aplicación de fórmulas y ecuaciones es una suerte de inapelable endoso de lo racional. Pero toda gráfica es, en esencia, una forma de generalización, una interpretación más del mundo, una manera de poner orden donde no lo hay.

Creemos en nuestro intelecto, en sus frutos y sus símbolos. Los diccionarios son monumentos inmarcesibles del “verdadero” significado de las palabras; la bata de un médico confiere un súbito carácter de rigor científico; el átomo representa la fragmentación última de la realidad; la televisión es más veraz que la verdad misma. Con este espíritu, se intenta darle a la traducción un firme carácter científico. Buscamos afanosamente las unidades mínimas de traducción, sus células. Así, al dividir un texto en sus componentes estructurales, estamos en posibilidad de cuantificar. De ese modo, una traducción divisible sería más “científica”. Mary Midgley nos dice:

La imagen reductiva, atomista, de la explicación, que sugiere que la manera correcta de entender un todo complejo consiste en descomponerlo en sus partes más pequeñas, nos lleva a pensar que la verdad siempre se muestra al final de ese [...] invento del siglo XVII, el microscopio.¹ (Midgley, 2003: 1)

Las unidades de traducción nos permiten, según dicen, corroborar que no existan elementos extraños o pérdidas en el traslado de A a B. Bastaría con realizar un proceso minucioso de segmentación del texto para determinar sus componentes mínimos. Obviamente, el criterio de división queda siempre al arbitrio de la parte divisora. Vázquez Ayora cree

1 Traducción del pasaje a título personal.

en las bondades de la segmentación en unidades léxicas, las cuales vendrían a ser una herramienta fundamental para comprobar la fidelidad de la traducción. De acuerdo con lo anterior, la división nos permite dos cosas: comprobar correspondencias entre los textos y, lo más científico del asunto, proceder cuantitativamente:

Si al recurso de la segmentación de los textos de las dos lenguas añadimos la enumeración de los elementos obtenidos, tenemos un procedimiento apto para "verificar las correspondencias" [...] En otras palabras, con la segmentación se comprueba que todos los elementos de sentido del enunciado original reaparezcan en la traducción y nada más que ellos. (Vázquez Ayora, 1977: 17)

Con todo, un texto es mucho más que la suma de sus partes. Es producto de su historia y de su tradición literaria. La segmentación, creo, puede tener cierta utilidad. Permite, al menos, darnos un elemento de control o de visión sobre los contenidos y los aspectos formales del texto. Sin embar-



(SMO)

go, se corre el riesgo de pensar que al dividir y contar podemos establecer relaciones de correspondencia mutua entre dos textos. Grave error es ver *uno* donde siempre hay *dos*. Hay una distancia esencial entre A y B. Esta diferencia es la que

hace posible hablar de texto de partida y texto de llegada. Siempre existe un abismo entre ambos. Toda relación de cabal correspondencia anula, lógica y esencialmente, la posibilidad de que exista B. De igual forma, el espejismo de la fragmentación nos induce a pensar en la posibilidad de que todo lo que se dice aquí puede decirse allá. La traducción es una relación de dos, pero esos dos son irreducibles el uno en el otro. Si, con Borges, podemos decir que cada lengua es una forma de ver el mundo, entonces no cabe hablar de verificación de "correspondencias". Lo único que podemos saber, al comparar, es lo que siempre hemos sabido: que

hay muchos unos. Cada obra literaria, cada hombre sólo puede expresarse auténticamente en su lengua materna. En la diversidad de unos, cada cual es irrepetible, único. Esto lo sabía gente como Herder, Hamann o Schleiermacher. Toda traducción es compromiso. Traducir es ejercer una voluntad que no desea el sometimiento o la reducción de otra. George Steiner nos dice:

"un traductor experto puede definirse como el anfitrión perfecto"² (Steiner, 1989: 146). Un buen anfitrión nos deja ser lo que somos; nos habla y nos es-

cucha. El mal anfitrión subvierte (pervierte) la esencia del invitado. En un caso, exagerado, la mala

2 Traducción de la cita a título personal.

traducción de una novela de Toni Morrison obligaría a los personajes a hablar como jarochos.

He dicho que la traducción sólo puede verse en una relación binaria. Todo intento por concentrar el esfuerzo en uno de los elementos de la relación deja de lado su opuesto complementario. La lectura, con o sin miras a un proceso de traducción, es una experiencia de transformación. Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río y nunca leemos dos veces el mismo texto. Con cada nueva lectura, nos situamos, y situamos al texto, en un horizonte distinto, el cual crea nuevas relaciones, establece distancias y similitudes, rompe equilibrios y nos coloca frente a una alteridad. Parte del problema consiste en la creencia errónea de que hay un punto de partida. Hay puntos de partida.

Un texto es una superficie generadora de significados, semánticamente sobrecargada, inestable. Un texto no lo dice todo; es preciso colaborar con él, participar en la generación de significados. De esta manera, nos alejamos de lo rígido e inerte para entrar en relación con una entidad flexible y viva, sometida al contexto, a lo decible y lo pensable, en que efectuamos la lectura. El lector de *Pierre Menard, autor del Quijote* suele entender esto. Como lectores ingenuos, pensamos que hay un texto del que partimos, que el esfuerzo razonado y metódico habrá de llevarnos a la obtención de un texto idéntico, o mejorado, en otra lengua.

La indeterminación es doble porque ni el texto es una entidad que eternamente repite lo mismo ni somos sujetos inamovibles en el tiempo, esencias. La traducción se sitúa, entonces, en un plano de indeterminación que va de A a B. Con todo esto, seguramente se podrá decir que la traducción no es

una ciencia. No lo es, en un sentido rigorista del término. La parte en que ocurre el acto de traducción no es observable ni medible ni predecible. Sí lo es en un sentido amplio. La propia amplitud o vaguedad del concepto es lo que da lugar a preguntas de difícil respuesta: ¿se trata de una ciencia o de un arte? ¿Los traductores nacen o se hacen? ¿Es posible enseñar a traducir? ¿Cómo se traduce? ¿Qué pasa en la mente de un traductor cuando traduce? No tengo la respuesta a ninguna de esas preguntas, ni a otras muchas más. Situarse empedernidamente en la postura que ve la traducción como arte o como ciencia, o como algo indefinido que aspira a ser alguna de esas cosas, es limitar el oficio y limitar al practicante. La traducción se nutre de distintas ciencias. Tiene mucho de labor creativa, un tanto de hábito y otro tanto de intuición. Que carezca de "principios de aplicación universal", y que muchos de sus fundamentos teóricos estén condenados a la imposibilidad de comprobación o de refutación, no obsta para que la traducción sea. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Berlin, Isaiah (2000), *Las raíces del Romanticismo*, Madrid, Taurus.
- Foucault, Michel (1973), *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets.
- Midgley, Mary (2003), *The Myths We Live by*, London, Routledge.
- Ricœur, Paul (2003), *El conflicto de las interpretaciones*, Buenos Aires, FCE.
- Steiner, George (1989), *Real Presences*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Vázquez Ayora, (1977), *Introducción a la traductología*, Washington, D.C., Georgetown University Press.